

Paul Davidson

# Postkeynesian macroeconomic theory (A foundation for successful economic policies for the twenty-first century)

Cambridge, Edward Elgar, 1994

VICENTE DONOSO  
Universidad Complutense

**E**n alguna parte de sus obras, Hegel escribió: "Dios ha muerto"; varias décadas más tarde, Nietzsche apostillaba con ironía: "Si Dios ha muerto, ¡hay que ver lo que nos está costando enterrarlo!". La anécdota puede aplicarse salvando las distancias, a la vida y a la obra de J.M. Keynes, quien hace una quincena de años era declarado científicamente difunto por Robert Lucas, siguiendo una cierta moda entre los economistas jóvenes de la época, al certificar "la muerte de la economía keynesiana"<sup>1</sup>. Pero como las modas son veleidosas, N.C. Mankiw, autoproclamado "neokeynesiano", hizo saber al mundo "la reencarnación de la economía keynesiana"<sup>2</sup>, aunque, paradójicamente, no parece haber leído a Keynes más que otros supuestos *keynesianos*<sup>3</sup>. A unos y otros, Paul Davidson asegura que J.M. Keynes goza de buena salud, siempre y cuando se esté dispuesto a entender y defender lo que éste dijo, y no el gato por liebre de la síntesis neoclásica-*keynesiana*. Como es sabido, la corriente a la que se adscribe Davidson ha consagrado la marca de "Keynes-Postkeynesian Economics" y cuenta, desde 1980, con un órgano notable de expresión: el *Journal of Postkeynesian Economics*, que dirige el propio Davidson.

Cualquiera que conozca mínimamente la materia, sabe que la controversia en torno a Keynes ha producido tal cantidad de literatura que, ya en 1968, Axel Leijonhufvud reconocía que seguirla "es labor totalmente superior a la capacidad de cualquier individuo"<sup>4</sup>. Para evitar este pantano inabordable, Paul Davidson se desmarca de la pura controversia histórico-hermenéutica, al haber escogido un planteamiento sistemático y selectivo en las cuestiones, dentro de su amplitud. De todos modos, la polémica –contundente a veces, casi siempre irónica– está pre-

---

(1) Lucas (1980).

(2) Mankiw (1992).

(3) "Aquellos que profesaban ser neokeynesianos, nunca habían leído a Keynes", constata P. Davidson en la pág. 1 de la obra que se comenta, a propósito de ciertas afirmaciones del trabajo de N.G. Mankiw citado en la nota 2.

(4) Leijonhufvud (1968), pág. 7.

sente a lo largo de toda la obra, frente a los *klásicos*<sup>5</sup>, los monetaristas o la nueva macroeconomía clásica. Por ello, las trescientas páginas de apretada letra resultan insuficientes para acoger tantas cuestiones, muchas de ellas controvertidas. Y es que, en efecto, como si de un manual se tratase –aunque carece del formato y de la intención de serlo– el libro repasa ordenadamente los aspectos cruciales de la macroeconomía: desde la discusión de la ley de Say hasta el diseño de un mecanismo de pagos internacionales.

Tan amplia agenda tiene, por fuerza, que resultar dispar, tanto en su interés analítico cuanto en la calidad de su tratamiento, y requiere alguna poda para su comentario. De todos modos, y antes de entrar en una selección –necesariamente incompleta y algo arbitraria– de algunos tópicos del libro, conviene puntualizar que el intento *postkeynesiano* no se limita a hacer hermenéutica, más o menos correcta, de Keynes, sino que incluye expresamente en su empeño el desarrollo del marco original (pág. 5), en aquellos aspectos que Keynes no quiso, no pudo o no supo desarrollar; por ejemplo, la extensión del análisis a economías abiertas, o una mejor especificación de la función de preferencia por la liquidez.

Hay tres ejes que pueden ayudar a ordenar el abundante material que se presenta en la introducción y los 17 capítulos en que se divide la obra<sup>6</sup>: el metodológico, el analítico y el de política económica.

Desde el punto de vista *metodológico*, hay, al menos, dos proposiciones (entre otras varias) que son relevantes para el desarrollo del análisis:

a) La distinción entre riesgo e incertidumbre,

b) y, de forma complementaria, el carácter no *ergódico* (no predecible) del entorno económico.

Davidson reconoce, expresamente, que estos supuestos le enfrentan a las convicciones de notables economistas, como Samuelson, para quien la *ergodicidad* del entorno es “el *sine qua non* del método científico en economía” (págs. 30 y 89), o con la falta de realismo en los supuestos, de M. Friedman, o con la necesidad de acercar los postulados de la economía a los de las ciencias duras, defendida por R. Lucas como “el único método científico de hacer economía” (pág. 11). Por el contrario, para Davidson, en consonancia con J.M. Keynes, es necesario reconocer, como parte del método científico, que “el sistema económico se mueve (...) desde un pasado irrevocable hacia un futuro incierto y estadísticamente impredecible” (pág. 17).

Si se aceptan estas notas (entre otras) del marco metodológico del análisis, surgen apreciables divergencias de contenido entre Keynes-*Postkeynesianos* y otros enfoques de la economía, incluidos algunos que se titulan seguidores de J.M. Keynes.

Dentro del eje del *contenido analítico* destacaré tres cuestiones de especial importancia. La primera de ellas –quizás la más ubicua y más constantemente aludida en el libro– se refiere a la naturaleza e importancia del dinero en cuanto afirmación central del enfoque *postkeynesiano*. Una importancia que se subraya

---

(5) Siguiendo la propuesta de T.W. Hutchison (1985), pág. 161, escribiré “klásico” con “k”, cuando la expresión se utilice en el sentido que le dió J.M. Keynes.

(6) Debe hacerse expresa mención, además, de las abundantes notas que acompañan a cada capítulo, por su interés bibliográfico e interpretativo.

tanto en el corto como en el largo plazo (pág. 17). En palabras del autor: “Keynes y un grupo moderno de economistas *postkeynesianos*, siguiendo la guía analítica de Keynes, han desarrollado un sistema lógico que rechaza la neutralidad del dinero como un axioma inicial necesario” (pág. 15). Por el contrario, tanto el análisis *klásico* como –paradójicamente– el monetarista, coinciden en admitir, más o menos explícitamente, el postulado de la neutralidad del dinero a largo plazo, un postulado que es incompatible con la visión *postkeynesiana* de Keynes (pág. 128). La consecuencia inadmisibile del postulado de neutralidad es que una economía que se configura intrínsecamente como monetaria y financiera no resulta afectada por las magnitudes monetarias, al menos en el largo plazo.

El dinero posee dos propiedades que le hacen único entre los bienes económicos:

- a) Su elasticidad de producción es prácticamente cero.
- b) Su elasticidad de sustitución también es prácticamente cero (págs. 94-95).

Estas dos propiedades impiden que, en una economía monetaria, las decisiones de ahorrar se identifiquen, sin más –como es el presupuesto *klásico*–, con la demanda de bienes de inversión, que requieren trabajo productivo; o que el deseo, o la necesidad, de liquidez, para hacer frente a un futuro incierto y a las obligaciones de pago contractualmente reconocidas, pueda ser satisfecho por otro bien económico. Expresado de otra manera: si el ahorro en forma de balances de activos más o menos líquidos no requiere ningún tipo de acción productiva que demande empleo de trabajo, una economía monetaria está abierta, permanentemente, a la posibilidad del desempleo e, incluso, esta perspectiva será el “estado normal” de dicha economía (pág. 18).

Un segundo punto relevante, en cuanto al contenido analítico, es la *especificación de la demanda de dinero*. Por diversas razones, la especificación de Keynes se centró –fundiendo el *Treatise on Money* y la *Teoría General*– en los motivos “transacción” (con una alusión marginal al motivo “precautorio”) y “especulativo”. Pero en 1937, Keynes subrayó un cuarto motivo, el “financiero”, que depende del incremento en la inversión planeada y que introduce notables matices en las propiedades de los parámetros monetarios fundamentales. Pues, en efecto, una vez que se admite la importancia del motivo financiero, relacionado con variables de “comportamiento” empresarial, la estabilidad de la función de demanda de dinero, así como la constancia de la velocidad de circulación, disminuyen (pág. 126). Una conclusión relevante, entre otras, es la no neutralidad del dinero y la inextricable imbricación de las magnitudes monetarias y reales. Cuál sea el resultado de esta imbricación para la economía dependerá de los mecanismos, endógenos y exógenos, de que disponga el país para regular la cantidad de dinero.

Una tercera cuestión analítica de interés es la reformulación de *la demanda efectiva*. Tal formulación, en paralelo con la función de demanda de liquidez, pasa por establecer que en el análisis de Keynes la demanda agregada tiene dos componentes, esto es:  $D = D1 + D2$ , donde  $D1$  depende de la renta y el nivel de empleo, en tanto que  $D2$  recoge “*todos aquellos gastos que no están relacionados con la renta y el empleo*” (pág. 25). Dichos gastos tienen que ver con las expectativas empresariales en un mundo incierto y, por tanto, ni dependen directamente de la

renta del período, ni pueden suponerse –al modo *klásico*– como iguales al ahorro planeado. Ello abre la posibilidad de desempleo, por insuficiencia de demanda efectiva, incluso aunque precios y salarios sean perfectamente flexibles. Expresándolo en términos *marshallianos*, habría equilibrio, pero sin que ello implicara un vaciado del mercado de trabajo (págs. 178-179).

El libro que se comenta lleva el expresivo subtítulo de “A foundation for successful economic policies for the twenty-first century”; es decir que, entre las primeras intenciones del autor, se encuentra la propuesta de políticas económicas alternativas ante los problemas actuales. Pues Davidson considera que “los economistas de la corriente principal no tienen las herramientas teóricas relevantes para desarrollar políticas adecuadas para resolver los problemas económicos actuales más relevantes” (pág. 9).

Dado que no hay ningún capítulo específico centrado en propuestas de política económica (si se exceptúa, tal vez, aquella parte del capítulo 16 dedicada a diseñar un sistema de pagos internacionales), el lector debe reunir las diversas propuestas y comentarios que aparecen distribuidos a lo largo de todo el libro. Entre ellos, pueden destacarse los tres siguientes:

En primer lugar, la afirmación de la eficacia de la política monetaria en cuanto instrumento de ampliación de la oferta y de creación de empleo. Ello conduce a Davidson a postergar la “trampa de liquidez”, tan querida de los viejos *keynesianos*, “puesto que Keynes nunca manifestó que existiera una trampa de la liquidez” (pág. 117). Así pues, una expansión de la cantidad de dinero, propiciada por el Banco Central, conducirá a una reducción del tipo de interés y a un incremento del gasto, la renta y el empleo. En otras palabras, y sin negar el interés e incluso necesidad de las políticas fiscales, hay una reivindicación de la política monetaria como medio para combatir la recesión y el paro. Ello requiere el complemento de ciertos desarrollos teóricos que, según Davidson, fueron preferidos o malinterpretados por los viejos *keynesianos*: el rechazo de la trampa de liquidez, la sensibilidad de la inversión al tipo de interés, la importancia del motivo financiero en la demanda de efectivo y, por supuesto, el rechazo de la neutralidad del dinero en el corto y en el largo plazo.

En segundo lugar, Davidson reafirma las políticas de demanda, frente a las de oferta, como medio para salir de la recesión y el desempleo. El autor es contundente en este punto y demuestra que las políticas de oferta son incapaces de cumplir esa función, entre otras razones, porque disminuyen la demanda efectiva.

Estrechamente relacionada con la anterior, hay una tercera línea interesante de política económica que el autor discute: el crecimiento guiado por las exportaciones. Se trata de una extensión del análisis original “cerrado” de Keynes al escenario “abierto” de la economía internacional. Dicha propuesta, que ha gozado de amplio eco a raíz de los “milagros” asiáticos, es criticada por Davidson desde las coordenadas teóricas de su libro.

Asumiendo la ley de Thirlwall, puede demostrarse que el ritmo de expansión relativa del producto de un país, manteniendo equilibrio exterior, está limitado por la relación entre la elasticidad renta de sus exportaciones y de sus importaciones. De tal manera que un país cuya relación de elasticidades sea inferior a la unidad está condenado a crecer a menor ritmo que el resto del mundo si quiere mantener

equilibrada su balanza de pagos (pág. 221). Se deduce, además, de un enfoque internacional centrado en la demanda y no en la oferta, que toda expansión de la renta y el producto de un país que no quiera basarse en una política de “empobrecimiento del vecino”, como ha podido ser en gran medida el caso de los “milagros” asiáticos, deberá estar cimentada en una expansión concertada del comercio internacional; esto es, en el escenario internacional puede aplicarse el marco analítico de Keynes, para estimular la recuperación y el empleo e impulsar el desarrollo. Por el contrario, políticas de oferta, basadas en ganar cuotas de mercado mediante bajada de salarios o devaluaciones competitivas, sólo sirven para arreglar los problemas propios a costa del vecino y de la renta real por habitante del propio país.

La presentación que se ha realizado –aunque necesariamente selectiva e incompleta– es suficiente para captar la amplitud de la temática y los sesgos fundamentales de su tratamiento. Poca duda cabe acerca de que lo que he llamado “el marco metodológico” responde mucho más fielmente a la realidad que enfoques alternativos, lo que, en mi opinión, muy alejada del “ficcionalismo” de M. Friedman, constituye un mérito y progreso indudables. El posible precio a pagar en términos de rigor y precisión formal está totalmente justificado.

Más difícil resulta pronunciarse sobre determinadas cuestiones de contenido analítico, disputadas en el libro, que requieren, para su correcta elucidación, del apoyo empírico: ¿cuál es el concepto de renta pertinente en la función de demanda? ¿hasta qué punto es el empleo sensible al salario real? ¿responde la inversión a variaciones del tipo de interés? ¿en qué medida puede el Banco Central estimular la economía incrementando la cantidad de dinero? y un amplio etcétera. La argumentación *a priori* puede iluminar estas cuestiones en congruencia con un marco metodológico y analítico más adecuado; pero siempre permanecerá un resto que exigirá algún tipo de prueba empírica complementaria, aunque, en conjunto, uno pueda pensar que los desarrollos *postkeynesianos* se acercan más a la verdad de una economía monetaria de mercado.

Quizás la parte menos satisfactoria –aunque ya se ha comentado que no hay capítulos específicos– sea la de políticas económicas. Dado el sugerente subtítulo, el lector podría esperarse un tratamiento más sistemático y específico de los tres o cuatro grandes problemas que se han debatido en la última década. Pero, en realidad, salvo páginas excepcionales referidas al exterior, las políticas se analizan de un modo disperso y más bien abstracto a lo largo de todo el libro.

En cualquier caso, se trata de una obra de estudio recomendable que, en mi opinión, junta interés con calidad, y que puede servir para ofrecer un marco coherente de enfoque a los problemas aplicados y de política económica.



#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Hutchison, T.W. (1985): *Sobre revoluciones y progresos en el conocimiento económico*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Leijonhufvud, A. (1968): *Análisis de Keynes y de la economía keynesiana*, Vicens Vives, Barcelona, 1972.
- Lucas, R.E. (1980): “The death of keynesian economics”, *Issues and Ideas*.
- Mankiw, N.G. (1992): “The reincarnation of keynesian economics”, *European Economic Review*, 36, págs. 560-561.